



PATRICK HARPUR

MERCURIUS

O EL MATRIMONIO DE CIELO Y TIERRA

ATALANTA









IMAGINATIO VERA

ATALANTA

91



PATRICK HARPUR

MERCURIUS

O EL MATRIMONIO DE CIELO Y TIERRA

TRADUCCIÓN

MAGDALENA PALMER



ATALANTA

2015

En cubierta: anónimo del siglo XV. Biblioteca Apostólica
Vaticana, Cod. Pal. lat. 1066.
En guardas: J. D. Mylius, *Philosophia reformata*, 1622,
Museo Británico, Londres.

Dirección y diseño: Jacobo Siruela

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o
transformación de esta obra sólo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos,
www.cedro.org) si necesita fotocopiar
o escanear algún fragmento
de esta obra.

Todos los derechos reservados.

Título original: *Mercurius, or The Marriage of Heaven & Earth*

© Patrick Harpur, 1990

© De la traducción: Magdalena Palmer

© EDICIONES ATALANTA, S. L.

Mas Pou. Vilaür 17483. Girona. España

Teléfono: 972 79 58 05 Fax: 972 79 58 34

atalantaweb.com

ISBN: 978-84-943030-0-5

Depósito legal: Gi.-1.793-2014

ÍNDICE

Introducción	13
1. Calcinación	21
2. Disolución	95
3. Separación	153
4. Conjunción	219
5. Putrefacción	279
6. Coagulación	333
7. Sublimación	399

8. Proyección

469

Notas

479

Mercurius
o el matrimonio de Cielo y Tierra

A Eileen,
dondequiera que esté

Sabed esto: Yo, Mercurius, he escrito aquí una descripción íntegra, fiel e infalible de la Gran Obra. Pero en justicia os advierto que, a menos que busquéis el auténtico oro filosófico y no el oro del vulgo, a menos que vuestro corazón persiga con inquebrantable propósito la verdadera piedra de los filósofos, a menos que seáis firmes en vuestra búsqueda acatando las leyes de Dios con fe y humildad absolutas y renunciando a toda vanidad, arrogancia, falsedad, intemperancia, orgullo, lujuria y pusilanimidad, no sigáis leyendo, no vaya a resultaros fatal...

INTRODUCCIÓN

Las desconcertantes palabras de la página opuesta figuraban en la primera hoja que saqué de una de las dos bolsas que habían dejado ante la puerta de mi piso, en la tercera planta de un edificio de Londres, el 7 de abril de 1983. La persona que las puso allí se cruzó en la escalera con dos de mis vecinos: la esposa de un diplomático escandinavo y su hijo de nueve años. Ella describió a mi visitante como una mujer alta, guapa, de cara angulosa y cabello caoba muy corto vestida con un largo abrigo oscuro. Sin embargo, el niño insistió en que la persona en cuestión era un hombre; seguramente le confundieron la estatura, el cabello y la ropa de quien —creo poder afirmar con seguridad— era una antigua novia mía llamada Eileen. Habíamos mantenido un romance breve, aunque intenso, el verano anterior. Un día, dejó sin avisar el piso, el trabajo y nuestra relación para mudarse al oeste de Inglaterra, hechos de los que tuve noticia gracias a una somera nota de despedida que no indicaba su paradero exacto y que recibí poco después de su partida. No la he visto desde entonces.

Eileen era alta sin ser especialmente flaca ni desgarbada. Diría que era más atractiva que guapa, aunque sí tenía bonitas facciones, como una nariz recta y unos extraordinarios ojos de color verde azulado. El cabello, creo yo, tiraba más a pelirrojo que a

caoba y antes lo llevaba largo. Nos conocimos, como ella describe, porque ambos nos dedicábamos a los servicios editoriales (de libros divulgativos). Tenía treinta y tres años, uno más que yo. También habíamos coincidido en Cambridge, donde ella estudió Arqueología y Antropología, pero entonces no llegamos a conocernos.

Las bolsas contenían papeles y un pedrusco, blando e irregular, que extravié al mudarme de casa una semana después. En los papeles aparecían dos caligrafías distintas: una era de Eileen y la otra de un párroco rural que se hace llamar «Smith». Gracias a mi interés por la obra del psicólogo suizo C. G. Jung (1875-1961), de la que había hablado con Eileen en más de una ocasión, comprendí que Smith era un moderno practicante de la alquimia y que sus notas incluían una descripción del *Magnum Opus* o Gran Obra. La parte de Eileen empieza con unas cartas (no enviadas) de las que soy destinatario, las mismas que, tras descubrir el manuscrito de Smith, se transforman en una especie de comentario a sus operaciones alquímicas.

Creo que, en parte, me desentendí de los documentos durante mucho tiempo porque las cartas de Eileen me resultaban dolorosas. Los escudriñaba de cuando en cuando, lo que me hacía sentir indistintamente sorprendido, frustrado, desconcertado y entusiasmado. Hasta empecé a ordenarlos y a separar los escritos de Smith de los de Eileen, porque estaban mezclados. Pero sólo les presté la debida atención tras terminar mi novela *The Rapture*. Me incomodaba la evidente influencia que habían ejercido los escritos en mi libro sin que fuese consciente cuando lo redactaba, por lo que me propuse enterrar ese fantasma de una vez por todas.

Fue más fácil decirlo que hacerlo. Tuve que investigar a conciencia el arte alquímico para organizar los papeles en el orden correcto. Las fechas no abundan en ninguno de los juegos, por lo que he decidido omitirlas en ambos. No obstante, señalaré que la narración de Smith abarca el período comprendido entre marzo y diciembre de 1952 o 1953 y la de Eileen se extiende desde finales de septiembre de 1982 hasta principios de abril de 1983.

Otra dificultad que se me presentó fue descifrar la caligrafía pequeña y apretada de Smith, trazada con desvaída tinta negra.

Además, al principio escribía su diario en un cuaderno negro y redactaba las «notas de laboratorio» aparte, en hojas sueltas de papel de calidad. Tuve, por así decirlo, que encajarlos. Afortunadamente Smith abandona pronto el cuaderno, por lo que el registro de sus progresos alquímicos y el de los acontecimientos cotidianos se convierten en un único relato.

Aunque Eileen es más constante no es más inteligible, pues se dedica a garabatear páginas y páginas –cartas, ideas, sucesos del día a día– en las mismas hojas sueltas de Din-A4, algunas rasgadas porque las arranca apresuradamente del cuaderno. Cuando acabé de separar sus notas de las de Smith comprendí que quizá Eileen las había combinado a propósito y quería que se leyera no sucesiva sino simultáneamente, por lo que he acabado organizando los escritos en secciones alternas. La ventaja de esta disposición (que creo que era la deseada por Eileen) es que varios de sus lúcidos análisis alquímicos pueden extraerse del orden cronológico y situarse junto a las entradas de Smith que más requieren de su esclarecedora luz. Por lo demás, he conservado lo mejor que he podido la cronología de los hechos y las reflexiones filosóficas en los dos grupos de documentos.

Para reducir el libro a unas proporciones manejables (¡ambos autores eran prolíficos hasta rozar la manía!) he preferido, en general, excluir entradas completas en lugar de editarlas o cortarlas. Lo que se omite del texto de Eileen es insignificante; la pérdida en el de Smith es más grave, pues al suprimir muchos sucesos triviales que amenazaban con desvirtuar el trazado de su *Magnum Opus*, también he alterado la impresión que de sí mismo ofrece considerándose esencialmente un buen pastor, trabajador y serio, que no permite que su actividad secreta interfiera en sus deberes parroquiales. Es decir, el texto al completo lo muestra mucho menos excéntrico y ensimismado, mucho más amable y preocupado por los necesitados, que lo que mi versión abreviada deja entrever. También he suprimido algunas de sus anotaciones alquímicas menos decisivas, como repeticiones de varios procesos y «circulaciones», porque sobrecargan un texto que ya es, inevitablemente, reiterativo en exceso.

También me planteé, desde luego, excluir varias alusiones poco halagadoras de Eileen hacia mi persona, sobre todo cuando

considero que se equivoca. Evidentemente, me he contenido. Pero le pediría al lector que no se tome al pie de la letra las declaraciones referentes a nuestra relación.

Para evitar que el libro le resulte ofensivo a cualquiera de los que en él aparecen o a sus familiares, he sustituido todos los nombres (salvo el de los dos autores, por supuesto) por otros que, confío, conservan el sabor de los originales.

No me extiendo más sobre la procedencia y la forma originaria del libro. Ahora, unas palabras sobre su contenido...

Hasta que leí a Jung, sólo sabía de la alquimia que su propósito era obtener la piedra filosofal, que o bien transmuta el metal común en oro, o confiere la inmortalidad, o ambas cosas. En otras palabras, la suponía un precursor primitivo, cuajado de supersticiones, de la química propiamente dicha. Sin embargo, Jung muestra que el *Magnum Opus* alquímico era un proceso más psicológico que físico, un camino de autoconocimiento bajo la apariencia de un experimento físico. Aunque sus escritos sobre el tema son casi tan complejos como las fórmulas alquímicas (una intrincada suma de psicología, teología, mitología, filosofía y química), me convenció su resolución del problema. Además, en el curso de mis lecturas aclaré muchos malentendidos acerca del Arte. (Por ejemplo, que a ningún alquimista que se preciara le interesaba la elaboración del oro común; sólo buscaba el «oro filosófico», posiblemente otra denominación de la piedra filosofal cuya autenticidad se «probaba» aplicándole plomo o estaño para ver si estos metales se transformaban en oro. Por consiguiente, el oro era un subproducto de la alquimia y no su finalidad principal.)

Tras haber editado estos textos, la explicación de Jung no me convence tanto como antes. Aparte de que no le interesa (y lo reconoce) el aspecto práctico de la alquimia sino sólo sus efectos subjetivos, a menudo plantea más preguntas que respuestas. La alquimia empieza a presentarse como un fenómeno más amplio y profundo de lo que la psicología puede abarcar: toda una ciencia del alma que todavía no se ha comprendido en su justa medida. Hasta el mismo Jung acabó reconociendo que implica una visión del mundo que no pertenece al pasado, sino al futuro.

Los alquimistas discrepaban en todos los aspectos de la Gran Obra salvo en uno: que el éxito era imposible sin el «secreto».

Éste se transmite por una revelación o, más a menudo, a través de un maestro alquímico que ya lo poseía. El famoso anticuario inglés Elias Ashmole (1617-1692), por ejemplo, anota regocijado en su diario, el 13 de mayo de 1653, que William Backhouse, «enfermo en Fleet Street, enfrente de la iglesia de San Dunstan y sin saber si habría de vivir o morir, a eso de las once me comunicó sílaba por sílaba la materia verdadera de la piedra filosofal [*sic*], lo que me transmitió como un legado». Se dice que Ashmole, que coleccionaba manuscritos alquímicos y escribía libremente sobre el tema, no volvió a mencionar jamás una palabra del asunto.

«¿Cuál era ese secreto?», se pregunta F. Sherwood Taylor,* antiguo director del Museo de Ciencias de Londres y autor de numerosos libros de química. «Nada sabemos al respecto. Que las obras alquímicas eran ininteligibles sin él, nadie que las haya leído lo pondrá en duda; pero qué era aquello que, transmitido de un alquimista a otro, podía hacerlas inteligibles, no podemos aventurarlo. Sin embargo, es indudable que algo se impartía de esta forma...».

Al contrario, yo sí creo que podemos conocer el secreto y que toda la información necesaria para lograrlo se encuentra en los textos aquí presentados.

Sin embargo, se averigüe o no el secreto (la tradición alquímica prohíbe su difusión por muy buenas razones), espero que el viaje de su descubrimiento le resulte al lector tan gratificante como lo fue para mí. En el camino hay muchos otros asuntos de interés. Por ejemplo, el testimonio de Smith es una de las escasísimas descripciones que existen de la práctica alquímica. Asimismo, en una serie de «meditaciones» describe la historia y los principios generales de la alquimia con una perspicacia y una claridad nada habituales. Desde un punto de vista personal, me afectó muchísimo el sufrimiento que la Gran Obra conlleva y

* En *The Alchemists*, Londres, 1952. [Trad. esp.: *Los alquimistas: fundadores de la química moderna*, Fondo de Cultura Económica, México, 1957.]

los profundos conflictos que despierta en él, como sacerdote y como hombre.

La historia de Eileen es distinta, aunque igual de esclarecedora. Como nosotros, se enfrenta a la formidable tarea de tener que dar sentido a la extraña y paradójica Obra. Realiza un trabajo extraordinario. Siempre me gustó y admiré a Eileen, pero nunca la habría creído capaz del esfuerzo sostenido que requiere la comprensión de la alquimia, un trabajo que sólo puede hacerse, como claramente es su caso, por amor. A veces se siente confundida, pero también es brillante y en ocasiones profunda. Doy fe de la exactitud de su resumen de la psicología de Jung; aplaudo cómo la aplica al extravagante manuscrito que descubre: nunca hubiera imaginado que llegaría a elaborar una crítica tan profunda de la obra junguiana. Eso no es todo. También es la primera en poner en práctica un método que, por lo que sé, es totalmente nuevo: aplica los principios de la antropología estructural a la Obra, con resultados reveladores. Si finalmente consigue desentrañar el gran secreto, es algo que los lectores juzgarán por sí mismos.

No todo el libro presenta esas dificultades; más de la mitad de las entradas nos entretienen con la vida cotidiana de los autores. Como todas las vidas, en ellas abundan misterios y cuestiones menores que he dejado tal cual porque no estaba seguro de que guardasen relación con el principal objeto del libro. ¿Logrará Robert, por ejemplo, elaborar el vidrio azul de Chartres? ¿Cómo se desfiguró Plutón? ¿Cuáles fueron las circunstancias del embarazo de Nora? ¿Cuál es la naturaleza de la visión de Tim en el cementerio... y de dónde saca sus vestidos? ¿Por qué Eileen teme el estudio de su padre? ¿La señora Zetterberg está loca o es sólo una satanista? ¿Quién fue el maestro alquímico de Smith? ¿Talarán el bosque de Nightingale? Y tantas otras. Cuando averigüé las respuestas, me llevé muchas sorpresas.

Por último, hay algo inesperado que surge de estos escritos considerados como un todo: la sensación de que la alquimia es la expresión suprema de una visión del mundo superior en muchos aspectos a la nuestra, hacia cuya reconstrucción el libro da un gran paso. Más aún, estas páginas pueden ser vistas como un

ruego y una advertencia para que no descuidemos nuestra herencia espiritual profunda. También es, en última instancia, una singular y enigmática historia psicológica.

En el libro aparecen tres clases de notas: breves incisivos entre corchetes, notas a pie de página indicadas con asteriscos y comentarios más largos (a menudo semblanzas de los alquimistas) señalados con números y ubicados al final del libro. He prologado cada una de estas notas más extensas con la frase (en cursiva) a la que remite el número, para recordar a los lectores el contexto.

No hay bibliografía. Siempre que me es posible nombro, a medida que aparecen, la fuente de las citas y los autores de los libros mencionados por Smith, Eileen y yo mismo. Aunque pudiera, no intentaría profundizar en la historia de la erudición alquímica, aunque sí mencionaré que es escandalosa la escasez de tratados alquímicos traducidos y publicados. Se pueden encontrar unos pocos y dispersos libros o revistas sobre el tema, pero si se pretende hacer una investigación seria, ésta ha de realizarse a partir de los manuscritos originales (por lo general, en latín) que se hallan en augustas instituciones como la Biblioteca Británica. Hay algunas colecciones magníficas, en particular *Artis auriferae* (2 vols., Basilea, 1593), *Theatrum chemicum* (vols. 1-3, Ursel, 1602; vols. 4-6, Estrasburgo, 1613), *Theatrum chemicum britannicum*, de Ashmole (Londres, 1652) y *Musaeum hermeticum* (Fráncfort, 1678). Esta última edición ha sido editada y traducida al inglés por A. E. Waite como *The Hermetic Museum Restored and Enlarged* (2 vols., Londres, 1893) y sigue siendo la obra de referencia clásica de tratados alquímicos para los que no leen en latín.

Los grabados que ilustran las primeras páginas de cada fase se han tomado de J. D. Mylius, *Philosophia reformata* (Fráncfort, 1622).

UNO
CALCINACIÓN







Imaginatio vera

Recién instalada en la antigua vicaría de un desangelado pueblucho de Inglaterra, la joven Eileen descubre en el sótano de la casa un manuscrito redactado tres décadas antes por el anterior inquilino, el reverendo Smith, en el que éste, además de recoger sus experiencias personales, da cuenta cabal de sus reveladoras investigaciones sobre alquimia. Poco a poco, Eileen irá adentrándose no sólo en las circunstancias y personajes que en el pasado rodearon la vida de Smith y ahora rondan la suya propia, sino en el conocimiento gradual de los procesos alquímicos y de su inusitado poder simbólico y transformador.

«*Mercurius* es un libro escrito tanto para esclarecer como para entretener. Es posiblemente la narración más explícita sobre el arte alquímico que jamás se haya publicado.»

The Literary Review

«Es raro encontrar a un autor que pueda explicar con tanta autoridad este tema, cuya existencia sólo es conocida por unos pocos iniciados. Es un libro único por lo provechoso que resulta. No tiene rival.»

Fortean Times

Patrick Harpur (Windsor, Inglaterra, 1950) estudió literatura inglesa en la Universidad de Cambridge. Viajó por África y trabajó en una editorial inglesa, ocupación que abandonó en 1982 para dedicarse exclusivamente a escribir. Además de *Mercurius, o el matrimonio de Cielo y Tierra*, es autor de otras dos novelas –*The Serpent's Circle* y *The Rapture*–, así como de varios ensayos que han cosechado un gran éxito: *Realidad daimónica* (n.º 14 de esta misma colección), *El fuego secreto de los filósofos* (n.º 45, con cuatro ediciones y convertido en obra de culto) y *La tradición oculta del alma* (n.º 74).

